

La rosa azul

Cada rosa esconde una verdad

Alejandro Khan

Sonolibro Editorial

ÍNDICE

1. La sorpresa	1
2. La nieta	6
3. El número áureo	12
4. Camilo Sartori	21
5. La liberación	28
6. Demasiado tarde	35
7. La carrera	43
8. Epílogo	51
Sobre el autor	54
Descarga el audiolibro gratis	56



La sorpresa

Abrío la puerta.
— ¿Don Gabriel Herrera?

En el umbral de la puerta de su casa, a la que hacía meses que no llegaba nadie, salvo algún despistado, se alzaba una mujer más envarada que alta, con gafas de montura redonda, y un traje de chaqueta gris un tanto anticuado. Llevaba una carpeta bajo el brazo. Detrás de ella había dos guardias civiles, inmóviles, de gesto serio.

—Sí, soy yo. —contestó Gabriel con el ceño fruncido y la mirada un tanto aturdida sin entender aquella visita.

—Mi nombre es Mercedes Llorente. Soy letrada de la administración de justicia y vengo a comunicarle que el juzgado central de instrucción competente ha dictado una resolución por la que se le concede la custodia provisional de su nieta, Lea Herrera

Gabriel dio un paso atrás, como si necesitara tomar distancia, no solo de la puerta, sino de lo que acababa de oír. Seguía sujetando el pomo, sin decidirse a abrir del todo. Lo único que la perplejidad, que en aquel momento le nublaba la mente, le permitió preguntar fue:

—¿Mi nieta?

—Sí, Lea Herrera. —La estirada mujer hizo una breve pausa antes de continuar—. Su hijo, Álvaro Herrera, está en paradero desconocido y se ha dictado contra él orden de búsqueda y captura, por ser el principal acusado en un fraude financiero de gran magnitud.

—¿Y Carmen? —Preguntó Gabriel que en realidad había visto a su nuera solamente en Internet.

—Su nuera, la letrada Carmen Álvarez, está en prisión preventiva, para evitar la destrucción de pruebas y el riesgo de fuga.

Cuando terminó su retahíla la secretaria judicial pareció relajarse.

Gabriel negó con la cabeza despacio, como si el gesto le costara un esfuerzo pesado, diciendo con un tinte de amargura:

—Ni siquiera sabía que tenía una nieta.— murmuró con una voz en la que había una mezcla extraña de tristeza y vergüenza.

La arrogante secretaria judicial más interesada en cumplir el protocolo que en escuchar, continuó:

—En virtud del interés superior del menor, el tribunal ha resuelto que usted como único familiar directo, asuma su custodia hasta nueva orden.

Los guardias civiles, como dos testigos de piedra, no se habían movido ni un milímetro de su posición desde que llegaron. La funcionaria abrió la carpeta que traía y extrajo un sobre con el sello de la audiencia nacional. Se lo entregó a Gabriel, con un gesto mecánico, casi de funcionario de correos, diciendo:

—La menor llegará hoy a las diez y nueve horas acompañada por la guardia civil. Procure usted estar en casa para recibirla.

Gabriel empezó a sonreír al responderle a la mujer, altiva hasta en la manera de mirarle. Había algo en ella, quizá la rigidez de su cuello o ese tono de quien da órdenes hasta al aire, que le recordó inevitablemente a la señorita Rottenmeier, de *Heidi*.

—Yo apenas salgo de aquí —dijo recibiendo el sobre sin mirarlo.

La mujer giró sobre sus tacones con una precisión casi militar y, andando por delante de sus testigos de piedra, que la seguían como dos sombras con uniforme, descendió el camino de grava que iba desde la casa a la carretera. El portazo del todo terreno sonó como una sentencia. Fue el final de aquella visita y el principio de algo que todavía no sabía cómo nombrar, pero que ya empezaba a asustarle.



Gabriel tenía 61 años y vivía prejubilado en una casita blanca, encaramada en lo alto de un cerrillo, desde el que se divisaba el mar. Allí los vientos venían con sabor a sal y teñían de salitre los cristales, como una caricia marina constante. Ron —mitad terrier, mitad misterio—, era su única compañía.

Gabriel había vivido en Fuengirola con Clara, siempre en el mismo piso, hasta que ella, se marchó a Venecia y se distanciaron. Después, ya jubilado de su trabajo como profesor de inglés en uno de los institutos de Mijas, había venido a vivir solo, a la casita cerca del mar y dedicaba su tiempo a traducir novelas clásicas olvidadas para pequeñas editoriales. Cuidaba un pequeño huerto, aunque estaba convencido de que los tomates que cosechaba, si la mosca o alguna otra plaga lo permitía, le salían más caros que si los comprara en El Corte Inglés. Pero le

daba igual, porque le gustaba mancharse las manos de tierra. Le hacía sentirse vivo, parte de algo real.

Y leía. Leía mucho. A veces con avidez, otras de forma relajada, como quien saborea un vino raro que no se encuentra en cualquier supermercado. También le encantaba ver series, gracias al menú inabarcable que la nueva religión audiovisual ofrecía.

Le encantaba la ficción, en ocasiones más que la realidad. El único vecino que tenía y consideraba de fiar, era el mar. Lo saludaba cada mañana mientras paseaba con Ron y él, en respuesta, le devolvía cada día una tonalidad de azul distinta, sin preguntas.

No es que fuera un ermitaño, pero sí un hombre que había aprendido a ser como la luna que brilla en la noche, solitaria aunque llena de luz propia.

Hacía dieciocho años que no hablaba con Álvaro.

Tras la muerte de Clara, su esposa y de la decisión que tomó su hijo, habían discutido de forma mucho más cortante y dolorosa de lo necesario.

Gabriel había querido que Álvaro preparara la oposición a judicatura tras terminar su brillante licenciatura en derecho, ofreciéndole financiarle los años que necesitara estudiar, pero Álvaro no quería saber nada de tribunales. Quería dinero y lo quería ya.

Se metió de cabeza en Samaritan una gran farmacéutica, donde trabajaba su madre. Allí se complicó en negocios de más que dudosa honorabilidad. Desde aquel momento, el silencio se instaló entre ellos como una niebla espesa, que hizo que no volvieran a verse el uno al otro.

Y ahora, una nieta.

Una nieta de diecisiete años que no conocía, que nunca había visto, estaba a punto de cruzar la puerta de su casa.

Nervioso, se atareó para que todo estuviera limpio y ordenado, como si el polvo sobre los muebles pudiera dar a entender a aquella chica, que no había querido conocerla.

Nunca había quitado la cama del segundo dormitorio. En su inconsciente probablemente no había perdido la esperanza de que alguien viniera a verlo. Hasta ahora lo usaba como despacho. Tuvo que sacar papeles, libros, portátil, cajas viejas... para dejarlo habitable, aunque de aspecto monacal.

A punto de dar las 7:00 de la tarde, mientras andaba sin rumbo de la cocina al pasillo y al dormitorio, el sonido de un motor rompió el silencio.

Gabriel se quedó quieto.

La vida, otra vez, estaba llamando a su puerta.



La nieta

Una chica delgadita bajo del coche. El conductor le entregó una maleta y una mochila que se colocó al hombro sin decir palabra. Tenía un bonito pelo castaño suelto, que brillaba bajo la luz de la tarde que empezaba a apagarse. Alzó la mirada hasta que sus ojos encontraron los de Gabriel. Se miraron durante unos segundos, como si intentaran reconocerse sin saber exactamente qué buscaban.

Después subió los veinte o treinta metros por el camino hasta la casa.

Al llegar arriba se colocó delante de un hombre alto, con barba de varios días con el pelo abundante, salpicado de canas y ojos ambarinos, que con un proyecto de sonrisa, reconoció se parecían a los suyos. El desconocido la miró con la boca ligeramente entreabierta, y cuando por fin se atrevió a hablar, le costó trabajo decir las primeras palabras.

—¿Tu eres hija de Álvaro?

Ella no dudo. Sosteniéndole la mirada contestó, extendiendo la mano:

—Soy Lea, y me enteré ayer de que el padre de mi padre, no estaba muerto.

Gabriel extendió el brazo y envolvió con ternura la pequeña mano de la joven. Sus ojos ligeramente humedecidos, sonreían.

—Soy Gabriel. Y me he enterado hoy de que tenía una nieta.



Después se hizo un silencio tan absoluto en el salón que el tiempo pareció contener el aliento. Hasta Ron se dio cuenta de la importancia del momento. Sentado entre los dos, movía la cabeza de su dueño a la chica como un árbitro desconcertado, esperando el primer gesto. Lea no pudo por menos de soltar una carcajada al ver la cómica cara del perro.

Roto el hielo, Lea dejó la maleta junto al sofá y se acercó a las estanterías que cubrían toda una pared del salón, como árboles en un bosque doméstico. Estaba claro que estaba viendo algo que no esperaba encontrar.

—¿De verdad te has leído todos los libros? —Preguntó Lea, señalando con el índice desde una punta a la otra de la pared cubierta de estanterías.

—Y alguno varias veces —contestó Gabriel, con una mezcla de orgullo y nostalgia—. Siendo estudiante, —como me imagino que eres— no sé cómo te sorprende ver tantos libros. Muchos de estos los he traducido yo.

Lea arrugó la nariz y aspiró el aire con un gesto teatral.

—Huele raro, huele a viejo.

—Huele a vida —corrigió Gabriel, sin perder la sonrisa.

—Vale, lo que tú digas —dijo Lea sacando el móvil del bolsillo. Acercó la pantalla a su cara para desbloquearlo y al instante, su expresión cambió. Frunció el ceño, irritada.

—¿Qué pasa? ¿Aquí no hay cobertura? ¿Dónde está el Wi-Fi?

Gabriel se había acercado a la nevera que estaba en la cocina abierta al salón y contestó sin darle demasiada importancia:

—Me temo que aquí no llega la señal

Sacó una botella de agua, y se la ofreció a Lea que no le hizo ni caso.

—¿Como que no llega? —preguntó levantando la voz— ¿Es que estamos en Marte acaso?

—No. Estamos en un cerrito frente al mar —dijo Gabriel que no pudo evitar que los ojos traidores se le llenaron de sonrisa— no es lo mismo pero a efectos de cobertura, me temo que sí.

—¿Me estás diciendo que voy estar aquí incomunicada? ¡Esto es un jodido secuestro!

—Yo lo llamaría convivencia— replicó el sin alterarse—. Y quién sabe... Tal vez hasta nos venga bien para conocernos.

Ron parecía darse cuenta de la tensión y se echó entre los dos tumbándose panza arriba pidiendo caricias. Lea, a pesar de su enfado, sonrió y se agachó para rascarle la barriga mientras le decía en voz baja:

—No acabo de llegar y ya quiero irme.

Gabriel se la quedó mirando y dijo conciliador:

—Si dentro de un par de días sigues pensando lo mismo, buscaré la forma de traerte Internet por satélite. Aunque sea desde Marte.



Gabriel se levantó como siempre solía hacer hacia las seis y media. Había dormido mal.

La sorpresa de conocer a una nieta que no sabía que tenía y la incertidumbre de saber si sería capaz de conectar con ella, no le habían dejado dormir.

Se duchó, se afeitó la barba y preparó café con la rutina del que necesita hacer algo que no le exija pensar. Mientras hojeaba el periódico de hacía unos días, Ron andaba de un lado para otro del salón, inquieto.

Gabriel se acercó al perchero y descolgó la correa. Justo antes de abrir la puerta, dudó. Se quedó un segundo quieto, con la mano en el pomo. Luego se giró, alzó un poco la voz y dijo con una voz un tanto insegura:

—Buenos días Lea. Voy a bajar a la playa a dar una vuelta con Ron. Hizo una pequeña pausa.

—Si te apetece venir, el mar por la mañana tiene otro carácter. No es igual que por la tarde.

No esperaba respuesta. Sólo lanzó la invitación al aire, por si acaso.

Pero unos segundos después, la puerta de la habitación se abrió y Lea apareció en el umbral.

Llevaba una sudadera demasiado grande para ella, el pelo enredado y en la cara todavía se veía la forma de la almohada.

—Vale —dijo encogiéndose de hombros—, tampoco tengo mejor plan.

A la orilla del mar el aire olía a sal recién peinada por la brisa y a ese frescor limpio que solo existe a primera hora.

Andaban en paralelo, con Ron por delante zigzagueando entre las olas y las gaviotas, que siempre escapaban justo a tiempo.

Fue Gabriel quien rompió el silencio. Un silencio hecho de la espuma del pasado, del aire del presente y de preguntas por hacer

—Cuando tenía tu edad, odiaba madrugar. Pero luego me casé con tu abuela Clara y ella me hizo ver la vida de otra manera. Decía que cada amanecer era como un folio en blanco en el que podíamos escribir lo que quisiéramos. Nunca lo entendí de verdad, hasta que se fue.

Lea se le quedó mirando mientras andaban y preguntó:

—¿Me estás diciendo que este podría ser nuestro folio en blanco. Una oportunidad para empezar?

Gabriel sonrió al escucharla. Había esperanza.

Lea continuó:

—Mis padres no entienden lo que es la vida, ni los amaneceres, ni los folios en blanco. Para ellos es mucho más fácil pagarme todo lo que necesito —y mucho más— que quedarse una noche a cenar conmigo o salir juntos a hacer algo. He tenido de todo. Todo lo que alguien perdido en esta sociedad de escaparates podría llegar a querer. Pero a ellos...nunca los tuve.

Habían llegado a un punto en el que la playa hacía un recodo y allí el sol les daba de frente, cálido y luminoso.

Gabriel la miró de soslayo y cuanto más la observaba, más rasgos de Clara reconocía en ella. No era tanto la forma de la cara, sino ese modo silencioso de sostener las emociones.

—Tenerlo todo y sentirse vacío... es peor que no tener nada.

Durante unos segundos abuelo y nieta se miraron. No dijeron nada. No hizo falta.

Entonces Ron empapado hasta las orejas, se sacudió con tal entusiasmo que les puso perdidos a los dos de agua salada.

Lea dio un grito involuntario y al momento estallaron los dos en carcajadas.

Se rieron empapados, como si aquella risa fuera la chispa que encendía la luz de la comprensión.



EL número áureo

Al volver a casa Gabriel notó algo distinto en Lea. No sabría decir qué. ¿Un gesto? ¿El brillo de los ojos.

No era un cambio radical pero algo en ella parecía más suelto, menos en guardia. Como si el paseo hubiera aflojado esos nudos invisibles con los que había llegado. Sabía que no podía presionarla. A esa edad —diecisiete, casi mujer, pero todavía algo niña— hacía falta más paciencia que órdenes. Escuchar, más que hablar.

—¿Huevos con beicon? —preguntó desde la cocina—. A las gallinas las cuido yo y te garantizo que los huevos no tienen nada que ver con los de supermercado

—Vale —dijo Lea dejándose caer en una silla—, con tal de que los pueda comer con pan, me valen. En mi casa son un verdadero coñazo con el pan. —dijo haciendo una mueca de disgusto—. No compren. Dicen, que para que no podamos caer en la tentación.

Pocos olores eran tan infalibles por la mañana como el del beicon, para atraer a alguien a la cocina. En los bufés de hotel, ese aroma dominaba el aire como un himno no escrito. Por sí solo bastaba para activar las glándulas salivares hasta del huésped más remolón. Cuando Gabriel colocó los platos sobre la mesa, Lea se abalanzó sobre el suyo como si llevara días a dieta de aire.

Mientras comía, hablaba sin parar.

Entre bocado y bocado saltaba de un tema a otro: del instituto, de una serie coreana que se había zampado en dos días, de lo insoportables que eran los festivales de su colegio pijo, y de la locura de una amiga suya que coleccionaba vinilos y ni siquiera tenía tocadiscos.

Hablaba, por fin, como quien se quita un peso de encima, a bocados.

Gabriel hacía lo que estaba seguro que a Lea le parecía más importante, escucharla. Escucharla de verdad y sonreír de vez en cuando. Y para que ella se sintiera cómoda, incluso fingía perder el hilo a propósito. Le pedía que repitiera algo porque decía, que hablaba tan rápido que se le solapaban las ideas.

—¿Siempre hablas a esa velocidad? Pregunto divertido, pero sin juzgar.

—Sí, siempre. Bueno casi siempre. Si estoy callada, es que me pasa algo —dijo ella encogiéndose de hombros.

Fiel a lo que acababa de decir, cuando termino de desayunar, Lea se calló de golpe y se puso a curiosear. Vio una foto enmarcada en una de las repisas de la librería, delante de los libros y se quedó mirándola. El hombre era Gabriel, mucho más joven, con el pelo más oscuro y la mirada igual de cálida. Y sí, la verdad es que era bastante guapo. Lo miró ahora de reojo y no pudo evitar pensar que seguía siendo un hombre atractivo. Mayor claro, pero que se mantenía en forma y guardaba algo de aquella belleza de la juventud.

Pero lo que de verdad le llamó la atención fue la mujer. Había algo en ella que le resultaba familiar. No sabía de qué, ni cuándo, ni dónde... Pero algo dentro le decía que la conocía.

—Te pareces mucho a ella.— dijo Gabriel mientras colocaba los platos en el fregadero.

Eso era.

De pronto, Lea lo supo. La mujer de la foto le recordaba a alguien que veía cada mañana al mirarse al espejo.

—¿Ella era mi abuela?

—Sí, es Clara, tu abuela y estoy seguro de que le habría encantado conocerte.

—¿Cómo era?

Gabriel se tomó un par de segundos antes de responder, como si tuviera que cruzar una puerta interior que llevaba tiempo cerrada.

—Pues, Clara era inteligente, divertida, muy guapa... y tenía algo que hoy escasea: principios. De esos que no se doblan, ni aunque les soplen huracanes.

Hizo una pausa. Los ojos se le empezaban a nublar, pero continuó:

—Y sí, era un poco cabezota. Aunque eso, más que defecto, era parte de su encanto

Lea se acercó a uno de los estantes en el que los libros parecían haber sido olvidados por el tiempo. Estaban amontonados sin orden, cubiertos de una fina capa de polvo que hablaba de años de silencio. Sin saber por qué, sacó uno al azar. Lo sostuvo entre las manos y empezó a hojearlo.

Al ver Gabriel el lomo verde oscuro del libro que había sacado Lea, sintió un pellizco en el corazón, un recuerdo antiguo, que no esperaba.

Era un poemario que Clara solía leer en voz alta cuando tenía un problema, como si al recitar aquellos versos su mundo se ordenara un poco. Desde que ella muriera, él no había vuelto a abrirlo.

Iba a decirle a Lea que dejara el libro pero ella ya lo había abierto y estaba pasando páginas, cuando de repente, de entre sus pliegues resecos cayó algo al suelo casi como una pluma, flotando.

—¡Guau! Una rosa azul. —gritó Lea, agachándose a recogerla—. Aunque esté seca... sigue siendo preciosa.

Gabriel se acercó para verla. Era una rosa de un azul imposible, un azul que no existe en la naturaleza, intacto tras casi veinte años escondido entre aquellas páginas.

Lea se llevó la rosa hasta la ventana para poder examinarla con más detalle a la luz del sol que ya iluminaba el salón. Sus ojos, jóvenes, descubrieron un pequeño símbolo, apenas una cicatriz en el pétalo.

—Abuelo ¿qué es esto? Parece una letra.

Gabriel se puso las gafas. Se inclinó y lo vio. Era la letra fi, el número áureo.



—La verdad es que me suena un montón. Sé que es una constante de algún tipo, dijo Lea.

Gabriel sintió la garganta seca. Sacó una botellita de agua de la nevera y dio un trago antes de empezar a hablar.

—Clara siempre decía que lo esencial de la vida se escondía en la proporción áurea, o divina proporción, como se ha conocido a lo largo de la historia al número áureo.

—Y tú tienes claro lo que es, abuelo o... ¿prefieres que te llame Gabriel?

A Gabriel le hizo ilusión que Lea usara la palabra abuelo con tanta naturalidad. Era una palabra sencilla, pero en sus labios sonaba como una promesa.

—Lo que te haga sentir más cómoda. A tu abuela Clara le habría encantado contestarte. Ella era una científica y estudiosa de la naturaleza. El número áureo, que se representa por la letra griega ϕ , es igual a 1,618033

—OK. ¿Y que es lo que tiene de especial ese número?

—Pues que está por todas partes en la naturaleza.

—¿Dónde? ¿cómo?

—Por ejemplo en el cuerpo humano, muchas partes del mismo guardan una relación que es igual al número áureo: el brazo con respecto al antebrazo, la altura del cuerpo con respecto a la distancia del ombligo al suelo, etcétera. Y lo mismo ocurre en la naturaleza: los patrones de crecimiento de las plantas se rigen todos por el número áureo, las espirales de los girasoles, los caparzones de los caracoles...

En arquitectura casi todas las obras clásicas respetan en sus proporciones el número áureo. Los pintores clásicos también usan a ϕ como la medida de sus proporciones.

—Bueno y ¿de dónde sale exactamente?

—Hay una serie de números en matemáticas que se llama la serie de Fibonacci.

—¡La conozco! Creo que en ella cada uno de los términos es igual a la suma de los dos anteriores ¿No?

—Exacto. Pero además —añadió Gabriel—, si divides cualquier término de la serie de Fibonacci por el número anterior te va a salir siempre el número áureo.

—Pues la verdad es que está chulo el tema del número áureo. Me gusta. Entonces ¿crees que la abuela nos ha dejado algún mensaje relacionado con él?

Gabriel tomó el poemario con delicadeza como si temiera que un pequeño movimiento brusco pudiera deshacerlo y se lo pasó a Lea, que se dejó caer en el sofá y colocó la rosa azul en la mesita que estaba delante, encima de una revista con los ojos llenos de expectación.

Gabriel empezó a decir:

—Como sabes la serie de Fibonacci empieza...

—Uno, uno, dos, tres, cinco, ocho, trece —recitó Lea, entusiasmada—. ¡Esto va a ser como buscar un tesoro!

—Entonces empezaremos por la página uno, ¿no? —dijo Gabriel, esbozando una sonrisa.

—No —contestó Lea—, ya le he echado un vistazo y no veo ninguna marca, subrayado ni nada. Creo que tendríamos que empezar por la once.

Mientras lo decía, no paraba de pasar páginas. De repente gritó:

—¡Aquí está, mira! —le tendió el libro a Gabriel que se había sentado junto a ella en el sofá—. Aquí hay una palabra subrayada muy ligeramente a lápiz: «No»

Gabriel tomó el poemario y volvió a la página dos. Era un poema de amor un tanto melancólico, de los que Clara leía cuando el mundo le dolía. Pero en el margen había una marca. Una palabra «confíes» estaba subrayada con un trazo leve, casi temeroso.

Gabriel sintió un escalofrío por el cuerpo. Las dos primeras palabras en sí mismas ya eran toda una advertencia, una súplica, un mensaje. «No confíes»

En la página tres encontraron una marquita en la preposición «en»

—Abuelo, no me digas que esto no parece una película de espías.

Gabriel no respondió, concentrado en el poemario, con el ceño fruncido. Estaba en la página cinco y allí de forma clara se había rodeado ya no con lápiz sino con un bolígrafo de tinta la palabra «Álvaro»

Gabriel con la boca ligeramente abierta miró a Lea. Aturdido e incrédulo tardó unos segundos en atreverse decirlo:

—No confíes en Álvaro.

Lea abrió mucho los ojos. El torbellino de ideas que cruzaban su mente parecía reflejarse en ellos. ¿Cómo podía una madre escribir algo así sobre su propio hijo? ¿Y a quién se lo decía? ¿A su marido? ¿A sí misma? ¿A alguien más? ¿O podía referirse a otro Álvaro?

Pero antes de que el desconcierto la atrapara del todo, respiró hondo y dijo con firmeza:

—Abuelo, tenemos que seguir. Antes de sacar ninguna conclusión. Gabriel negaba con la cabeza

—Clara nunca habría escrito una cosa así si no tuviera un motivo terrible para hacerlo.— Dijo Gabriel en voz baja, como si temiera que las palabras pudieran romperse en el aire

—Sigamos descifrando el poemario a ver a donde llegamos.— dijo Lea, decidida, sujetando el libro como si fuera un mapa secreto.

Después de casi media hora pasando páginas y haciendo notas llegaron al siguiente mensaje, que Clara había escondido entre los poemas del libro:

«No confíes en Álvaro. Eligió el dinero antes que la sangre. En Venecia guardé lo que jamás debió existir. El veneno azul mata a los hijos de las mujeres. Si lees esto, ya me habrán silenciado. Te quiero.»

Lea se quedó inmóvil. El peso de aquellas palabras parecía llenar el salón de algo denso e invisible, como si Clara, desde algún lugar al otro lado del tiempo, estuviera hablándoles al oído.

Cuando Lea levantó la mirada del mensaje que acababan de descifrar, vio a Gabriel con los ojos arrasados en lágrimas. No fue algo pensado, fue instintivo. Se acercó y le abrazó.

Se quedaron así, en silencio, fundidos en ese gesto simple. Durante unos segundos o quizás fueron minutos, el tiempo pareció olvidarse

de ellos, como si hubiera decidido respetar sus sentimientos y la semilla de algo nuevo que acababa de nacer entre los dos.



Después del abrazo, que les vino bien a los dos, pero que también les hizo sentirse un poco incómodos al separarse, Gabriel todavía tenía los ojos brillantes y Lea acariciaba el lomo del poemario cerrado, como si intentara asimilar lo que acababan de leer.

El silencio de la casa tan habitual como el aire que se respiraba, se rompió de repente con los ladridos de Ron, que los devolvieron de golpe al presente. El terrier estaba junto a la puerta con las orejas tiesas y la cola levantada. Firme sobre las cuatro patas, ladrando de forma enérgica y continua.

Gabriel se acercó a él y le acarició la cabeza.

—Vale, chico, vale, seguro que es un gato —dijo asomándose a la ventana grande que miraba hacia el camino de acceso. No había nadie.

Para evitar que Ron saliera disparado detrás de un gato, como ya le ocurrió una vez, que le costó casi dos horas traerlo de vuelta a casa, Gabriel le puso la correa y abrió la puerta de la calle. Ron tiró con fuerza haciendo que Gabriel tuviera que salir detrás de él hacia el camino, como si quisiera bajar por él hasta la carretera. Gabriel enseguida vio lo que estaba alterando a Ron.

Un coche de un color indefinido, pero oscuro, estaba aparcado como unos cincuenta metros de la entrada al camino, justo en una curva peligrosa donde no era fácil ver a los vehículos que venían de

frente. Tenía el motor apagado y el reflejo del sol en el parabrisas impedía ver quién había dentro.

—¿Qué pasa? —preguntó Lea, acercándose.

—Ese coche —dijo Gabriel señalando con la cabeza—. Aquí no se para nadie y menos en una curva sin visibilidad. Es un sitio perfecto para que ocurra un accidente.

—Igual se han perdido, ¿no? —dijo Lea quitándole importancia.

—Vamos adentro. Esperemos un poco a ver si se marchan.

A Gabriel le costó trabajo meter a Ron, pero finalmente consiguió cerrar la puerta.

—Abuelo, —susurró Lea bajando la voz como si temiera que pudieran oírla desde fuera—, ¿tú crees que nos están vigilando?

Gabriel incómodo se movió dentro del salón sin saber muy bien qué hacer

—No lo sé.

Unos quince minutos después, Gabriel comprobó que el coche seguía allí. Cuando se lo comentó a Lea está contestó con una sonrisa, intentando no parecer asustada.

—Pues no está nada mal el estreno con mi abuelo. Primero, un mensaje en clave de mi abuela de hace veinte años y ahora, un coche espionándonos. Esto es bastante mejor que Netflix.



CAMILO SARTORI

Gabriel comprobó, un poco más tarde, que el coche seguía allí y la certeza de ese temor que le rondaba el pecho, se convirtió en un nudo en el estómago.

Lea, sentada en el sofá con el móvil en la mano y sin saber muy bien qué hacer frunció el ceño al ver la expresión de Gabriel.

—¿Qué pasa abuelo?

Se acercó despacio y se sentó a su lado, con el gesto serio de quien intuye que hay cosas con las que no se puede jugar.

—Ese coche no está ahí por mí, Lea. Está por ti.

Ella soltó una risa nerviosa y preguntó, más por reflejo que por convicción:

—¿Por mí? ¿Y por qué iba estar ahí por mí?

—Porque eres hija de Álvaro. Tu padre se ha metido en líos probablemente con la gente equivocada y ha debido dejar deudas mil-

lonarias. Estoy convencido de que esta gente cree que tú tienes algún documento, una contraseña o algo que les permita recuperar lo que creen que Álvaro les ha robado. Y si piensan eso, estás en peligro.

Lea había perdido la sonrisa al darse cuenta del peligro real en el que se encontraban.

—¿Y qué vamos a hacer ahora?

—Vamos a matar dos pájaros de un tiro.

—¿Qué quieres decir con eso?

—¿Tienes en tu mochila lo suficiente para pasar un par de días fuera de casa?

Lea asintió con la cabeza, sin decir nada.

Pues vamos a meter tu mochila y un maletín mío en el coche y nos vamos a ir al centro comercial que está al lado del aeropuerto. Así comprobaremos si nos siguen.

—Pero...

Gabriel ya había entrado a su habitación y en unos minutos salió con un maletín de mano azul. Se acercó al escritorio donde estaba su ordenador, abrió un cajón y sacó una cartera, además de algo de dinero en efectivo.



Unos minutos después, ya en la carretera con el antiguo Opel corsa, cuando no habían recorrido ni medio kilómetro, Gabriel dijo:

—Nos están siguiendo.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Lea, más asustada de lo que quería parecer.

—No podemos volver a la casa. Nos vamos a Venecia.

—¿A Venecia abuelo? ¿Por el mensaje de la abuela?

Gabriel se quedó unos segundos en silencio como si dudara en cruzar un umbral invisible. Finalmente, se decidió y se pasó una mano por donde hasta esa misma tarde llevaba la barba, que se había afeitado aquella tarde para recibir a su nieta.

—Tu abuela Clara pasó casi tres años en Venecia, trabajando para Samaritan, una farmacéutica recién inaugurada y que, con el tiempo se convertiría en la multinacional que tu padre ha estado dirigiendo casi desde el principio. Ella tenía allí un buen compañero de trabajo llamado Camilo Sartori. Era un buen hombre y confiaba plenamente en él. Si Clara escondió algo o tuvo algún problema entonces, Camilo lo sabrá.

—Pero... ¿no te lo habría contado a ti, siendo su marido?

Gabriel dudó otra vez un instante, pero decidió abrirse a su nieta:

—Tu abuela y yo pasamos por una mala época precisamente porque se fue a Venecia. Estuvimos distanciados un tiempo. Algo de lo que me arrepiento todos los días. Porque después de marcharse a Venecia, no la volví a ver con vida.

Lea se quedó en silencio, respetando el dolor de los recuerdos de Gabriel.



Lea lanzó un pequeño grito

—¡Aquí ya hay cobertura!

—Pues busca en el aeropuerto el siguiente vuelo a Venecia y... toma —dijo Gabriel sacando una tarjeta de crédito del bolsillo de la chaqueta —Reserva un par de plazas.

Dejaron el coche en el aparcamiento del centro comercial y, al volver la vista atrás, comprobaron que el coche que les seguía también se había detenido, aparcando cerca de la salida de la planta. No se encontraron. Subieron deprisa las escaleras mecánicas y salieron por la entrada principal, mezclándose con la gente, hasta subir al primer taxi de la fila.

—Al aeropuerto —le ordenó Gabriel al conductor.

Eran ya las nueve y media de la noche.

—Hay un vuelo de Ryanair que sale hacia el aeropuerto de Treviso dentro de una hora y media. Tendremos que ponernos en lista de espera — dijo Lea, sin apartar la vista del móvil.

Tuvieron suerte: quedaron tres plazas libres.

A las once y cuarto despegaron del aeropuerto de Málaga



Antes de que el avión se hubiera detenido por completo, como siempre, casi todo el mundo se había levantado ya de los asientos y avanzaban por el pasillo hacia la puerta de salida. Lea dio un tirón de la mano de Gabriel, que se había quedado sentado, esperando a que la primera avalancha se fuera disipando.

A Gabriel le gustó que su nieta lo llevara de la mano, con la mochila al hombro, mientras él arrastraba su maletín azul.

—Abuelo, ¿te has fijado en el tipo de la chaqueta oscura? No estoy segura pero creo que estaba en la fila de embarque en Málaga.

—Sí, Lea, pero todos los que han desembarcado tenían que estar en la fila de embarque, ¿no? —respondió Gabriel, esbozando una sonrisa.

Lea frunció el ceño, cayendo en la cuenta del poco sentido que tenía lo que acababa de decir.

—Cuando salgamos de la terminal, pillamos un taxi y damos unas cuantas vueltas a ver si ese tipo no sigue. Así podremos confirmar o no tu teoría.

Lea no podía evitar sentir algo de miedo. Aquello no era una película. Era la vida real. Y si alguien creía que ella tenía una clave, un código o cualquier pista para encontrar algo importante que su padre hubiera escondido, tanto ella como su abuelo podían estar en peligro.

Mientras esperaban en la cola para subir al primer taxi, Lea preguntó:

—Abuelo ¿y si lo que encontramos no nos gusta?

Gabriel la miró de reojo, mientras contestaba:

—Lo que nos interesa es encontrar la verdad y la verdad siempre es mejor que vivir engañado, aunque duela.

Desde el momento que se montaron en el taxi, Lea no pudo evitar mirar cada dos o tres segundos hacia atrás, para ver si les estaba siguiendo el hombre del chaqueta oscura.



La Piazza San Marco era una verdadera feria multicolor, multiétnica y multilingüe. Cientos y cientos de turistas hacían fotos con los

móviles y casi podían empezar una batalla de espadas con los palos de selfi, mirando unos hacia la Basílica con sus impresionantes mosaicos dorados, otros al Palacio Ducal o al Campanile.

El murmullo era ensordecedor. Aunque casi nadie gritaba, el sonido que hacen cientos de personas hablando, algunas más gritonas que otras era una locura. Gabriel y Lea, un poco acobardados, se sentaron en la cafetería más cercana a la esquina exterior de la Piazza, que parecía estar protegida del resto del maremágnum gracias al acordeón de un músico callejero, que actuaba como una pequeña pantalla contra el ruido de la gente.

Un hombre mayor, de porte elegante y cabello completamente blanco, se acercó con paso lento a ellos. Llevaba un sombrero en la mano que giraba nerviosamente entre los dedos. Se quedó mirando a Gabriel, esperando un signo de intelección, que vino cuando aquel asintió con la cabeza.

—¿Gabriel? —preguntó en buen español, aunque con algo de acento, como si llevase tiempo sin hablarlo

Gabriel se levantó despacio y le tendió la mano.

—Hola, Camilo.

Se estrecharon la mano con firmeza, sus miradas entrelazándose con una intensidad silenciosa, como si en ese fugaz encuentro visual pudieran compartir dos décadas de recuerdos y ausencias bajo la sombra familiar de Clara.

—Disculpen mi español. Lo tengo casi olvidado. Hace casi veinte años que no lo hablo.

—Permítame presentarle — dijo Gabriel, volviéndose hacia su nieta—: Lea Herrera, Camilo Sartori.

El desconocido ni siquiera extendió la mano para dársela a Lea, sino que se la quedó mirando durante unos segundos y dijo, con una sonrisa:

—Está claro que tú eres la nieta de Clara.

—¿Por qué lo dice? ¿Tanto nos parecemos?

—Tú tienes tu personalidad y tu forma de arreglarte y ese pelo moderno, pero tus ojos son como los de tu abuela. Esa mirada inquisitiva, inteligente que todo lo quería abarcar.

Lea, sonrió, porque en el fondo le gustaba parecerse una persona interesante como tuvo que ser su abuela

Camilo volvió la cara hacia Gabriel

—Yo admiraba profundamente a Clara, como científica y sobre todo, como persona. Su muerte me persiguió desde el primer día, Yo sé todo lo que pasó, pero fui demasiado cobarde. No me atreví a dar el paso que Clara iba a dar.

—Y que le costó la vida —dijo Gabriel

—Veo que estáis preparados para saber lo que Clara descubrió.



La LIBERACIÓN

La Piazza no podía estar más ambientada. A pesar de los beneficios económicos, los lugareños tenían que sufrir el turismo, como una especie de plaga.

—Abuelo —susurró Lea, inclinándose hacia Gabriel—. Mira hacia tus tres. Aquel es el tipo que estaba en Málaga y que ha volado con nosotros.

Gabriel giró muy levemente la cabeza, para, con su visión periférica, comprobar lo que decía su nieta. Efectivamente, era el mismo tipo. No pudo por menos de sentir un cosquilleo en el estómago, igual que cuando vio el coche estacionado junto a su casa. Aclaró a Camilo:

—Parece ser que nos han seguido desde España.

Camilo, con calma, levantó ligeramente una ceja como toda sorpresa. Se puso en pie y dijo:

—Seguidme, sin mirar atrás.

Dejó unas monedas sobre la mesa y salió andando hacia los soportales laterales de la plaza. Gabriel y Lea lo siguieron a paso rápido. En cuanto dejaron atrás el bullicio de la Piazza, el ambiente cambió radicalmente. Las callejuelas de Venecia eran un laberinto húmedo y oscuro. Camilo dobló un par de esquinas con esa seguridad que tiene quien conoce cada piedra, cada recodo.

Unos tres o cuatro minutos después, se detuvo frente a la puerta de una casita baja, con la fachada desconchada. Sacó una llave, abrió y empujó primero a Lea y luego a Gabriel al interior. Entró tras ellos y corrió un cerrojo grueso, que soltó un pequeño chirrido.

Durante casi un minuto se quedó junto al tragaluz observando la calle. En el silencio que siguió, ninguno se atrevía a moverse por no romperlo. Cuando estuvo seguro de que nadie les había seguido, Camilo hizo un gesto con la cabeza hacia el interior de la casa.

Llegaron a un pequeño comedor, sobrio pero acogedor, con una mesa de madera oscura y sillas gastadas, Camilo les trajo un par de vasos de agua y se sentó a la mesa con ellos.



—Seguidme, por favor

Camilo empezó a subir unas viejas escaleras de madera que daban acceso a la planta superior de la casa. Solo dos habitaciones la ocupaban: su dormitorio y un enorme salón convertido en despacho, cuyas paredes estaban literalmente forradas de estanterías que parecían a punto de doblarse bajo el peso de los libros, que, por cientos, se acumulaban por todas partes.

El olor a papel mezclado con el de madera, lo envolvía todo, pero era un olor agradable, como el de una librería de viejo.

Camilo, con la lentitud de un cuerpo no acostumbrado al ejercicio físico, y un gesto cansado —como si aquel momento lo hubiese estado esperando durante años, siempre con la esperanza de que no llegara—, apoyó una escalera pequeña contra una de las estanterías más altas. Subió agarrándose a los bordes del mueble con torpeza y de la anteúltima balda, sacó un tomo grueso encuadernado en tela verde oscura. Después bajo con cuidado y se sentó ante la mesa del centro de la habitación, alrededor de la cual había cuatro sillas. Hizo un gesto a Gabriel y Lea para que se sentaran también.

Colocó el tomo encima de la mesa. Era un manual de biología molecular. Acarició la tapa del libro en cuyo borde superior una fina capa de polvo dejaba claro que llevaba mucho tiempo sin moverse de su rincón.

Lo abrió y de entre las páginas, surgió como un suspiro oculto en las grietas del tiempo un disquete negro de $5^{1/4}$, fino, que probablemente llevaba esperando su liberación tras dos décadas de silencio. Se lo entregó a Gabriel de forma reverente con las dos manos, como si pesara algo cuando, en realidad era ligero como una pluma, diciendo:

—Aquí está todo lo que Clara descubrió informes, estadísticas, correos internos etc. Están todas las pruebas de que las vacunas contra el virus del papiloma humano que Samaritan, la farmacéutica, distribuyó en media África durante años estaban contaminadas con gonadotropina coriónica humana. Ese entrelazamiento provocaba infertilidad de las niñas, porque simplemente, no se podían quedar embarazadas. La vacuna condicionaba sus cuerpos para que, cuando detectara la posibilidad de un feto, lo considerara hostil y dedicaran sus defensas a destruirlo.

Una fundación compuesta por las más grandes fortunas del mundo había encargado a Samaritan que preparara esta vacuna, que tenía un precioso color azul que encantaba a las niñas cuando se la ponían. De esta manera consiguieron, a lo largo de muchos años que decenas de millones de mujeres en distintos países de África no pudieran tener más hijos. La fundación quería con este genocidio organizado tener un control de la mano de obra inmigrante para las siguientes generaciones. No podían permitir que las emigrantes que venían a trabajar a Occidente, empezaran a tener hijos como conejos. Trabajar sí; tener hijos no.

—¿Y fue mi abuela la que descubrió todo esto?

Camilo asintió lentamente con la cabeza y continuó:

—Sí, y siento mucho tener que decirlo, pero su mayor error fue contárselo a Álvaro.

—¿Mi padre?

—Si. —contestó Camilo—. Álvaro era un joven muy inteligente pero terriblemente ambicioso, que quería convertirse en el CEO más joven de la historia de la farmacéutica. Y lo consiguió. Fue él quien denunció a Clara ante Ferreti el presidente de la farmacéutica. Clara murió en accidente de tráfico al día siguiente.

—¿Estás diciendo que mi padre traicionó a su propia madre y que fue responsable de su muerte?

—Me imagino que él no sabía que Ferreti iba a matar a Clara, pero sí... probablemente, sin quererlo, fue responsable de la muerte de su madre, tu abuela

Gabriel no podía mirar a su nieta a los ojos. Camilo tampoco, pero continuó:

—Y yo fui un cobarde. Cuando murió Clara, entré en su casa —de la que tenía llave porque éramos muy amigos— y encontré el disquete. En aquel momento podía habérselo entregado la policía o a la fiscalía,

pero tenía entonces dos hijos pequeños y mi mujer estaba enferma. Sabiendo que la multinacional había matado a Clara, no me atreví a hacer nada. Lo escondí entre mis libros y renuncié a la verdad para vivir una vida de cobarde.



Los tres se quedaron en silencio, como un reloj parado. Lea intentaba asimilar las barbaridades que Camilo les había contado. Gabriel se debatía entre la vergüenza ajena y las ganas de zarandear a Camilo. Y Camilo, por primera vez en veinte años, respiraba aliviado, por haberse liberado al fin de aquella cadena antigua que no le había soltado en todo ese tiempo.

Un golpe fuerte en la puerta de entrada los hizo reaccionar. Camilo se quitó los zapatos y bajó las escaleras en silencio volviendo subir a los pocos segundos. Se llevó el dedo índice a los labios y, les indicó que le siguieran. Gabriel y Lea agarraron sus cosas, salieron de la biblioteca y entraron en el dormitorio. Camilo abrió las puertas de la terraza que daba a la parte de atrás de la casa y les dijo:

—Saltad a la terraza de la casa de al lado, que ya hace unos meses que está vacía. Tiene una puerta que da la parte de atrás de esta calle. Por allí salís y hacéis izquierda, izquierda y derecha y saldréis a una avenida en la que siempre hay taxis.

—Pero, ¿y tú? —preguntó Lea.

—Daos prisa. Yo entretendré a los visitantes.

Camilo y Gabriel se miraron. El segundo asintió con la cabeza mientras se metía el disquete en un bolsillo interior de la americana. Lanzó una última mirada a Camilo y le dijo:

—Gracias.

Nada más decirlo, Gabriel siguió a Lea, que ya había alcanzado la terraza de la casa contigua. Bajaron en silencio y enseguida encontraron la puerta trasera por la que salieron.



Camilo se puso los zapatos y empezó a bajar las escaleras haciendo ruido, pero despacio. Cuando llegó a la puerta de entrada, se entretuvo retirando el cerrojo con tranquilidad. Después giró lentamente la llave de la cerradura, para poder abrir la puerta, como si estuviera encasquillada. Finalmente, la abrió dejando sólo una rendija

El visitante que iba en cabeza, empujó bruscamente la puerta, dándole un golpe en la cabeza con el borde. Mientras lo apartaba a empellones, Camilo se masajeaba la frente. El intruso lo agarró de la pechera de la chaqueta, lo obligó a sentarse en una de las sillas del salón y preguntó:

—¿Dónde están?

—¿Quién? —preguntó Camilo todavía un poco aturrido levantando la cabeza. Al ver que había otro hombre detrás, continuó—. ¿quiénes sois y que mierda hacéis en mi casa? Voy a llamar a la policía —añadió, intentando levantarse.

No lo consiguió. El tipo de la chaqueta, que era un tipo grande y rubicundo, lo empujó de nuevo a la silla, y se le acercó tanto que Camilo que pudo oler su aliento cargado de tabaco.

—¿Dónde están la chica y el abuelo?

—No sé de qué me habla—. Contestó Camilo, actuando con la voz temblorosa de un viejito asustado.

El fumador hizo un gesto a su acompañante para que subiera por la escalera. Bajó a los treinta segundos.

—No hay nadie—. Comentó.

—Lo ve, ya se lo había dicho. —Camilo pensó que lo había logrado.

Pero entonces el fumador levantó la mirada y vio que en la mesita en la otra punta del salón había dos vasos de agua. Camilo se dio cuenta de lo que había visto y tuvo claro que no lo iba a conseguir.



Demasiado Tarde

Lea se sorprendió ante la velocidad de Gabriel.

—Jo, abuelo, vas rápido de narices.

—Estoy acostumbrado a andar ocho o diez kilómetros diarios, así que esto me resulta fácil.

Cinco minutos después, circulaban en un taxi en dirección al aeropuerto principal de Venecia.

Tuvieron que esperar en la cafetería por si se producía alguna cancelación de última hora. Mientras comían algo, Lea parecía pensativa y Gabriel le preguntó:

—¿Qué te pasa, cariño?

—Me da pena que mi abuela tuviera que morir por ser buena persona, mientras que las malas, como los hierbajos, están por todas partes y nunca mueren.

En ese momento, sonó el teléfono de Lea. Era una notificación de un correo entrante. Lo miró sin mucho interés, ya que rara vez usaba el correo electrónico, pero decidió abrirlo. Al leerlo, se quedó pálida.

—¿Qué pasa, Lea?

—Es un correo de mi padre —respondió ella—. Enviado hace cuatro días, para que llegara hoy.

—¿Cómo que es de tu padre?

—Sí, Álvaro Herrera. Pero usa un nombre que solo nosotros conocíamos, de cuando jugábamos al juego de los países, «Cartógrafo24».

—¿Y qué dice el mensaje?

—Me envía una dirección, un usuario y una clave de acceso para una aplicación.

Gabriel la miraba mientras tecleaba a toda velocidad con sus dedos finos, casi sin rozar las teclas del teléfono.

—Es una página de criptomonedas —dijo Lea—.

Si Gabriel hubiera tenido el pelo más tupido, se le habría puesto de punta, al escuchar a su nieta. Se quedó en silencio, sin querer presionarla más.

Tras leer durante 1 minuto en la pantalla del móvil, Lea continuó:

—Hay una cartera de criptomonedas, pero está bloqueada y para poder acceder a ella tengo que introducir las 24 palabras clave en el orden correcto.

—¿24 palabras clave? ¡Joder, pues sí que es difícil! ¿Quién se acuerda de 24 palabras?

—Creo que yo —dijo Lea sonriendo—. De las pocas veces que jugaba con mi padre siendo pequeña, lo hacíamos con nombres de países y capitales. Sobre todo de los países miembros de la Comunidad Europea. Mi padre insistía en que usáramos los nombres de los países que formaban parte de la unión europea entonces.

—¿Qué eran, 24?

—Exacto. Y los repetí tantas veces que me acuerdo perfectamente.

—Lea... ¿Me imagino que sabes lo que puede haber en esa cartera de criptomonedas?

—El dinero que mi padre robó a Samaritan, la farmacéutica. Espera, acabo de recibir otro mensaje... también fechado hace cuatro días.

Lea tragó saliva. Había abierto el nuevo correo y, de pronto, el murmullo apagado de la cafetería del aeropuerto pareció espesarse, como si el aire se hubiera llenado de polvo invisible.

—¿Qué dice? —preguntó Gabriel, inclinándose hacia ella con una mezcla de preocupación y temor.

Lea bajó un poco la cabeza y tragó saliva antes de empezar a leer con una voz que se le quebró, como una cuerda tensa que por fin cede:

«Hija mía:

Si estás leyendo esto, significa que ya no queda nada de mí en este mundo, salvo lo que te dejo entre las manos. No fui un buen padre. Tampoco fui un buen hijo.

Traicioné a tu abuela, mi madre, por pura ambición, y la frialdad de ese crimen me ha acompañado cada día desde entonces. Vendí mi alma por treinta monedas de plata y la falsa sonrisa de los poderosos. A cambio... destruí a la única persona que me amó sin condiciones, y no volví a hablar con el único que me aconsejó bien.

Te pido perdón. Sé que no me lo he ganado. Perdón por tus cumpleaños vacíos, por haber malgastado mi vida en un desierto de dinero y miedo. Perdón por haberte dejado sola.

En la cartera hay suficiente como para que nunca dependas de nadie. Haz con ello lo que quieras: quémalo, disfrútalo... o, si te atreves, termina lo que tu abuela empezó.

No me busques. Para ti, y para el mundo, ya estoy muerto.

Álvaro.»

Cuando terminó, Lea no dijo nada. Solo se quedó quieta, con los ojos húmedos y el móvil apretado entre los dedos, como si quisiera romperlo y, con él, todo lo que dolía.

—Es... demasiado tarde —susurró, sin mirar a Gabriel.

Él se enjugó las lágrimas y puso una mano en el hombro de su nieta. Un gesto sencillo, que contenía más ternura que cualquier discurso.

—Nunca es demasiado tarde para hacer lo correcto —dijo.



El murmullo constante de los motores envolvía la cabina como un mantra eléctrico, monótono, casi hipnótico. Más allá del cristal, las luces dispersas de la ciudad que dejaban atrás parecían un enjambre de luciérnagas congeladas en mitad de la noche. Volaban hacia Madrid, porque no había vuelos a Málaga.

Lea, con el cinturón flojo y la mirada fija en la pantalla del móvil apagado, no paraba de darle vueltas al correo de su padre.

Gabriel la observaba de reojo. Se inclinó despacio, con esa voz grave y templada que solo se consigue tras años enfrentándose a adolescentes que no tienen interés en nada.

—Lea, Álvaro no se ha despedido solamente. Quería que entendieras que él estaba en peligro de muerte y como consecuencia, ahora lo estamos nosotros también.

Los ojos de Lea —jóvenes, vivos, ansiosos— se clavaron en los de su abuelo, ambarinos y cansados.

—¿Y por qué nosotros también? —preguntó—. ¿Qué pintamos en esta historia?

Gabriel respiró hondo. Se tomó unos segundos, como si necesitara preparar el terreno antes de dejar caer la verdad.

—Porque tu padre sabía que la farmacéutica no solo cree que robó las criptomonedas. También sospechan que tiene el dossier que tu abuela preparó hace veinte años. Y ese documento... Lea, ese documento es dinamita. Si sale a la luz, no solo destruirá a Samaritan, sino que meterá a mucha gente en la cárcel.

Lea se quedó helada. Una gota de sudor le resbaló por la frente, a pesar del aire acondicionado.

—Entonces... ¿qué hacemos? ¿Huir el resto de nuestras vidas?

Gabriel le apretó la mano, firme. Había calor en su gesto, pero también decisión.

—No. Esta vez vamos a plantar cara.

Sacó el móvil del bolsillo, —aunque ya lo tenía puesto en modo avión—, y lo sostuvo como si fuera una promesa.

—Antes de despegar he llamado a Alejandro. Es un amigo de toda la vida, que está cuidando de Ron. Su hermano es fiscal jefe en la Audiencia Nacional. Mañana mismo nos va a recibir en Madrid.

Lea lo miró con ese temblor en la barbilla que solo aparece cuando uno quiere parecer más fuerte de lo que es.

—¿Un fiscal?

—Sí. Y con lo que le diremos que tenemos —el disquete y el mensaje descifrado de Clara— puede que sea suficiente, para que, por primera vez en dos décadas, el peso de la ley se ponga de nuestro lado.

El silencio se estiró lo justo antes de que unas turbulencias sacudieran la cabina como si el avión también dudara.

Lea tragó saliva.

No contestó. Solo apretó la mano de su abuelo con fuerza.



Llegaron ya tarde a Madrid y no les dio tiempo más que a tomar una habitación en un hotel cerca del centro, cenar e irse a dormir. Estaban demasiado cansados para seguir comprobando si les habían seguido.

La mañana en Madrid amaneció fría y gris, con ese cielo plomizo que parece pesar sobre los hombros. Gabriel y Lea llegaron a la Audiencia Nacional en un taxi. Tuvieron que pasar por el control de accesos y acreditaciones, bajo la atenta mirada de los agentes de la Policía Nacional.

Apenas tuvieron que esperar en la salita a la que los llevaron. En el despacho del fiscal jefe no había ostentación: solo una mesa maciza de madera oscura, una lámpara apagada y montones de carpetas apiladas como si fueran trincheras de papel donde alguien libraba una guerra a solas. El fiscal, un hombre de sesenta y pocos, con el rostro curtido y el pelo más gris que blanco, los saludó con un apretón de manos breve pero firme.

—Soy Rafael, hermano de Alejandro. —Se sentó con gesto contenido y se ajustó las gafas con un dedo—. Como ustedes entenderán esta reunión es bastante irregular, pero en atención a la amistad que tiene usted —dijo mirando a Gabriel— con mi hermano Alejandro me pongo a su disposición.

Gabriel abrió el portafolios que traía y sacó con reverencia —casi como si fueran reliquias de otro tiempo—, el poemario con las marcas, y el viejo disquete. Los colocó sobre la mesa, con manos que temblaban lo justo para delatar el peso del momento.

—Esto es lo que tenemos.

—Explíquemelo como si yo no supiera nada —pidió, sin apartar los ojos de Gabriel.

Este asintió, contuvo el aire un segundo y habló con calma.

—Clara, mi mujer, trabajaba en Venecia para la farmacéutica Samaritan. Descubrió que estaban manipulando vacunas destinadas a ciertos países africanos. Las campañas de vacunación contra el VPH, ocultaban realmente medidas anticonceptivas permanentes. Lo que se pretendía por parte de una fundación de gente muy poderosa, que financiaba la conspiración, era controlar el desarrollo demográfico de la población de inmigrantes. En esencia lo que pensaban era que hacían falta inmigrantes, para atender a las demandas de mano de obra en las sociedades occidentales, pero no que se pudieran reproducir de forma descontrolada.

Mi mujer, Clara, murió el mismo día que tenía intención de denunciarlo ante las autoridades, y el culpable —Gabriel tuvo que carraspear un par de veces antes de seguir—, fue nuestro hijo Álvaro, que, por ambición, la traicionó y que ahora ha desaparecido tras supuestamente robar a la farmacéutica. Mucho me temo que...

El fiscal frunció el ceño y se inclinó hacia delante.

—¿Está sugiriendo que esa multinacional puede estar detrás tanto de la muerte de su mujer como de la desaparición de su hijo, además de esa conspiración casi imposible de creer, que me ha explicado?

—No lo sugiero. Estoy seguro. Y también sé que, ahora mismo, mi nieta y yo tenemos una diana en la espalda, porque Samaritan cree que tenemos tanto las pruebas de sus crímenes a lo largo de los años, como el dinero robado por mi hijo.

Rafael desvió la vista hacia Lea por primera vez. Ella aguantó la mirada, aunque sus manos se crisparon sobre las piernas.

El fiscal tamborileó con los dedos sobre el escritorio. Luego se incorporó y fue hasta la ventana sin mirarles.

—Lo que me acaban de entregar es muy grave. Lo estudiaré con mi equipo, pero mientras tanto vamos a blindar su seguridad. Les asignaré

un piso protegido. Nadie los encontrará allí. Nadie que no deba. Y escúchenme bien: si tienen razón, no estamos hablando de delincuentes de despacho. Esto es otra liga. Gente con tentáculos largos. Van a intentar silenciarlos. Hoy, mañana, o cuando bajen la guardia. No la bajen. Ni un solo segundo.

Lea tragó saliva. El tono del fiscal no sonaba a advertencia: sonaba a sentencia. Gabriel, en cambio, sintió que, por primera vez en veinte años, la verdad empezaba a tener un lugar donde respirar.



La carrera

El Renault Mégane, sin distintivo de clase alguna, circulaba por la autovía A-6 en dirección al noroeste. Gabriel y Lea iban en el asiento trasero, en silencio, todavía en tensión tras la reunión con el fiscal de la Audiencia Nacional.

Al volante, un agente de la Policía Nacional de paisano miraba de reojo por el retrovisor cada pocos segundos. A su lado, el copiloto les hablaba con voz tranquila para darles seguridad:

—Nos dirigimos a un chalet en las afueras. Estarán ustedes siempre vigilados las 24 horas. Está monitorizado con cámaras y habrá dos agentes siempre de guardia.

Lea, con la frente apoyada en la ventanilla, veía los árboles que empezaban a difuminarse a medida que el coche ganaba velocidad. Gabriel con las manos entrelazadas en las rodillas parecía estar en posición de defensa, como si esperara un impacto inminente.

El coche avanzaba con normalidad, cuando de repente el conductor con voz grave dijo:

—Llevamos un vehículo detrás desde hace diez minutos, es un todoterreno Mercedes, negro.

Gabriel se inclinó hacia delante, con el ceño fruncido.

—¿Estás seguro de que nos sigue?

—Sí, he cambiado varias veces de carril y siempre hace lo mismo pero manteniendo la distancia. Probablemente accedieron en Venecia a la lista de embarque y vieron que volabais a Madrid. Y como la farmacéutica tiene aquí su sede, pueden haber avisado a alguien de su equipo de seguridad.

El copiloto soltó la trabilla de su cartuchera que sujetaba su pistola y, con gesto seco, dijo:

—Preparaos. Puede que intenten algo al tomar la próxima curva; entramos en una carretera comarcal.

El Renault había salido ya de la autovía y circulaba por una vía mucho más estrecha, flanqueada por pinos y matorrales espesos. Lea giraba la cabeza de vez en cuando, inquieta. El todoterreno negro seguía allí, implacable, como una sombra pegada a su destino, a unos cien metros.

—En la próxima curva empieza un carril terrizo que va hasta un pinar que veréis que está muy cerca —dijo el conductor con voz grave—. Voy a frenar en seco y hacer un trompo. Colocaré el coche de frente, cortando la carretera. En ese momento, salid a toda velocidad y corred hasta el pinar. Nosotros os cubriremos.

Gabriel se había puesto ligeramente pálido, pero no quería asustar a Lea que apretaba la mochila contra su pecho como si fuese un escudo inconsciente.

—Cuando paremos, abrimos la puerta y salimos corriendo sin mirar atrás, ¿vale? —repitió Gabriel a su nieta.

Asustada y sin poder parar de mover las piernas, Lea le contestó:

—Sí, pero tú vienes conmigo. No te quedes atrás.

El coche entró en la curva y, de pronto, el conductor tiró del freno de mano. El Renault derrapó con un chillido de sus neumáticos, girando sobre sí mismo, hasta encarar la carretera de nuevo. Casi a la vez, los dos agentes abrieron sus puertas y salieron pistola en mano, apuntando hacia dónde debía aparecer el todoterreno negro.

Gabriel y Lea salieron del coche, pero por la inercia se cayeron en la gravilla. Desde el suelo Gabriel vio la porra del copiloto, que se le había caído al salir del coche y la agarró.

El Mercedes negro apareció rugiendo, con los faros encendidos como los ojos de una fiera. Uno de los que venía dentro sacó el brazo por la ventanilla empuñando una pistola.

El copiloto les gritó mientras disparaba hacia la mole negra del Mercedes.

—¡Corred!

Gabriel agarró de la mano a Lea y echaron a correr por el carril de tierra que llevaba al pinar. No estaba lejos. Aunque él estaba acostumbrado a su trote mañanero, no lo estaba a esprintar. Se notaba que Lea tampoco. La agitada respiración de ambos se mezclaba con el zumbido seco de los disparos que cruzaban el aire entre los dos coches.

Cuando llegaron a un muro de piedra medio derruido y Gabriel vio que Lea no podía más, le gritó:

—¡Agachémonos detrás del muro!

Estuvieron durante unos segundos allí, en silencio. Los disparos habían cesado. A Gabriel el corazón le martilleaba en las sienes; a Lea, se le iba a salir del pecho.

Entonces oyeron los pasos.

No se oían muchos, ni rápidos, pero sí constantes. Quien fuera intentaba moverse sin hacer ruido, aunque las hojas secas traicionaban alguno de sus pasos. El crujido se acercaba.

Lea miró a su abuelo. Gabriel se inclinó hasta su oído y susurró:

—Cuando yo salte, corre a toda velocidad hacia los pinos. No te detengas. Pase lo que pase.

Ella negó con la cabeza y los ojos empañados en lágrimas. Sin llegar a decirlo esbozó con sus labios:

—No me dejes sola.

Gabriel respondió igual, con una palabra muda que no necesitaba sonido:

—Nunca.

Gabriel se concentró en el sonido de los pasos que se iban acercando. Agazapado tras el muro de piedra, contenía el aliento. Cuando escuchó que el sicario pasaba al otro lado, esperó un par de segundos y entonces se incorporó.

Con una agilidad que ni él mismo sabía que aún poseía, apoyó un pie en el muro y se impulsó por encima. El sicario al oír el movimiento más que verlo, empezó a darse la vuelta pistola en mano.

Gabriel cayó como una sombra. Llevaba la defensa policial en alto y en plena bajada, descargó el brazo blandiendo la porra con todas sus fuerzas. El golpe impactó de lleno en el antebrazo armado del sicario justo cuando este alzaba la pistola para disparar.

Un grito ahogado, un chasquido seco. El arma voló de sus manos.

Sin darle respiro, Gabriel descargó un segundo golpe con precisión brutal en la espinilla del sicario. El hombre lanzó un gemido y cayó al suelo, retorciéndose impotente.

Gabriel levanta la cabeza y vio que Lea ya estaba llegando al pinar. Pero se volvió, le buscó con la mirada y al verle, alzó un brazo.

Gabriel recogió la pistola del suelo. Al sostenerla en sus manos, algo en su memoria se activó. Reconoció inmediatamente el perfil de una Glock. Hacía décadas que no tocaba una, pero la recordaba de sus tiempos de tiro olímpico en la galería de Málaga. Otro tiempo. Otra vida

Comprobó la recámara y el cargador. Después se la metió por la espalda, entre el cinturón y la camisa.

Unos minutos después, se oyeron sirenas acercándose.

Uno de los policías que iba en el coche estaba grave. Aunque el otro también tenía una herida de bala, no estaba en peligro. Mientras la ambulancia se llevaba a los dos a hospital, la policía esposó el sicario que Gabriel había reducido.



El salón del chalet donde habían pasado la noche olía a café recién hecho, a madera encerada y a limpio. Dos agentes estaban fuera, haciendo rondas de comprobación por los alrededores y el camino hasta la casa.

Gabriel y Lea estaban sentados a una mesa de aspecto sólido, aunque bastante fea. En una mesita enfrente, había una pequeña televisión de 32" encendida.

Incluso comiendo su tostada con mantequilla y mermelada, Lea no callaba ni un segundo, hasta que Gabriel le hizo una seña con las cejas para que mirara hacia la televisión, mientras él subía el volumen.

Había aparecido un rótulo en el centro de la pantalla y además también una especie de cinta informativa al pie de la pantalla que decían: «Última hora»

El locutor más serio que una estatua de mármol en un museo empezó a presentar la noticia mientras movía el bigote al leer en el teleprónter:

«El juez del Juzgado Central de Instrucción Penal número tres adscrito a la Audiencia Nacional a instancias de la Fiscalía, ha ordenado la detención de don Mateo Ferreti, presidente de la multinacional farmacéutica Samaritan, junto con varios de sus altos directivos.»

Se muestran en la pantalla imágenes de al menos una docena de coches de la policía judicial llegando a la sede de la farmacéutica, para realizar un registro masivo, con recogida de evidencias y custodia de pruebas.

El bigote del presentador continuó moviéndose:

«Fuentes de la fiscalía nos han informado de la existencia de un dossier completo que contiene correos internos, informes, estadísticas y toda clase de documentación intercambiada entre Mateo Ferreti y algunos de sus directivos, durante años, que prueban que la farmacéutica Samaritan ha estado, durante más de veintitrés años realizando campañas de vacunación masivas en países del África subsahariana, que ocultaban su verdadero objetivo: la esterilización de millones de mujeres africanas.

Los datos que se tienen apuntan a que una fundación con base en Estados Unidos, compuesta por las mayores fortunas del mundo, ha sido la promotora y financiadora de las campañas realizadas por la farmacéutica, a las que —paradójicamente y atendiendo a su supuesta labor humanitaria— han contribuido fondos provenientes de la OMS y otras instituciones mundiales, completamente ignorantes del fin último que perseguía Samaritan.

Aunque la investigación en curso será larga y laboriosa, fuentes de la fiscalía apuntan a que el motivo último de la fundación promotora de la esterilización de mujeres en África, era el control de los flujos de mano de obra emigrante desde los países subsaharianos hacia los del norte, con el fin de evitar que se reprodujeran de forma descontrolada, al acceder a mejores condiciones de vida en Europa y Norteamérica.

El objetivo último, según las mismas fuentes, habría sido preservar la superioridad demográfica blanca en el llamado primer mundo.

Tras la audiencia en la que se ha escuchado a los detenidos, el juez ha ordenado su ingreso en prisión incomunicada y sin fianza, dada la enorme gravedad de los delitos investigados y el alto riesgo de fuga y de destrucción de pruebas que su libertad podría acarrear.»



Con los ojos brillantes, Lea levantó un segundo la mirada hacia arriba y dijo en voz baja:

—Por fin te escuchan, abuela. Lo has conseguido.

Gabriel asintió con la cabeza, mientras ponía su mano derecha sobre el bolsillo de la americana, donde guardaba la rosa azul. La misma que lo había empezado todo. La palpó con suavidad.

—Veinte años tarde... pero lo ha conseguido. Aunque perdió la vida por hacerlo.

En ese momento llamaron a la puerta. Era uno de los agentes

—Les confirmo que su contacto en Venecia, el señor Camilo Sartori, está bien. Le han dado una paliza, pero ya está en el hospital bajo

protección oficial. Ha pedido que les digamos que les agradece que, por fin, «ya puede dormir».

Cuando terminaron de recoger los platos del desayuno, Lea le dijo a Gabriel, mientras se sentaba en el incómodo sofá de madera.

—Abuelo, ven y siéntate conmigo un momento, *please*.

Gabriel con algo de curiosidad, obedeció su nieta.

—Abuelo, he estado pensando... y creo que me gustaría mucho quedarme contigo en la casita en Málaga, hasta que empiece la universidad. Y lo que venga después, ya lo iremos decidiendo. Si te parece bien.

Gabriel suspiró con alivio.

—A mí me encantaría, hija. Yo solo quiero que estés cómoda y a gusto. Y por supuesto en todo lo que te pueda ayudar, cuenta con ello.

Les interrumpió de nuevo el presentador que después de haber comentado la noticia de la detención de Mateo Ferreti hizo el último añadido al folletín.

«Continúa por parte de la policía la búsqueda de Álvaro Herrera, CEO de la farmacéutica Samaritan, que lleva desaparecido cerca de una semana.»

Lea no apartó la vista de la pantalla, pero su voz se volvió más baja.

—No puedo decir que le vaya a echar de menos, porque le veía muy poco. Pero sí echo, y mucho, de menos, haber conocido a mi abuela Clara. Por lo que hemos conseguido, gracias a ella, veinte años después de su muerte, está claro que nos habríamos llevado estupendamente.

Gabriel asintió despacio.

—Sí... Te pareces mucho a ella. En más cosas de las que imaginas.



EPÍLOGO

Cuando unos días después, pudieron volver a la casita blanca en lo alto del cerrillo frente al mar, Ron los recibió como loco, ladrando y dando vueltas en círculos, con la felicidad simple de quien solo sabe sumar. ¿Y para qué más?

También estaba Alejandro, el amigo de Gabriel y hermano del fiscal de la Audiencia, que había estado cuidando de Ron. Les había dejado en la encimera de la cocina una bolsa con pan del día, una docena de huevos de corral y un poco de jamón. Antes de irse, comentó:

—Rafael dice que el procedimiento va a ser bastante largo, pero tiene confianza en la solidez de las pruebas que habéis aportado. Os manda un abrazo... y las gracias.

Al caer la tarde sentados en el porche, —con el mar en calma, como si alguien lo hubiera planchado y las primeras luces encendiéndose por todo el cinturón de la costa—, Lea abrió el portátil en la mesa.

—¿Estás lista? — preguntó Gabriel.

Lea asintió con la cabeza. Tecleo la dirección, introdujo el usuario, la contraseña y la aplicación le pidió que restaurara la cartera tecleando las 24 palabras de seguridad en el orden exacto. Lea respiró hondo y empezó a escribir:

—Luxemburgo, Bélgica, Países Bajos... —siguió recitando como si fuera una canción aprendida para una fiesta del instituto—, Alemania, Francia, Italia, Dinamarca...

Gabriel la observaba como quien ve andar a un equilibrista sobre una fina cuerda suspendida en el aire. Lea no dudó ni una sola vez. Cuando pulsó «Confirmar», la aplicación se quedó pensando durante unos segundos que se hicieron eternos, pero finalmente se abrió.

Y allí estaba: fría, exacta y casi impúdica la enormidad de la cifra en bitcoins. Gabriel sintió la incomodidad de quien escucha una lengua extraña y no sabe cómo responder. Lea en cambio, no miró los números, miró a su abuelo.

—Esto, no es para mí, ni para ti. Esto es para —como creo que decía el inocente don Quijote— «hacer batalla contra esos desaforados gigantes... Y quitar esa mala simiente de sobre la faz de la tierra»

Gabriel, sorprendido por la mención literaria de su nieta, se quedó pensando durante un segundo. Sonriendo asintió y dijo:

—La fundación.

—La llamaremos, «Rosa Azul» —dijo Lea, tocando con su pequeño dedo índice la flor prensada que estaba metida dentro de un marco de metacrilato—. Se dedicará a perseguir a los gigantes escondidos en sus torres de cristal y acompañaremos a todos aquellos que han sufrido su maldad y que no saben por dónde empezar a conseguir justicia.

Tu abuela habría estado encantada de colaborar contigo —susurró Gabriel—. Yo solo espero poder estar a la altura.



—¿Desayunamos en la playa? —propuso Lea a la mañana siguiente.

Bajaron por el camino, con Ron corriendo por delante como un loco feliz. El mar olía a limpio. Se sentaron en una pequeña escollera donde las olitas rompían de forma tímida. Allí comieron un bocadillo. No hablaron ni de titulares, ni de números. Hablaron de unos cuantos libros que Gabriel quería que Lea, leyera y de la habitación que iban a remodelar en la casa para que estuviera a su gusto.

Cuando el sol ya se había alzado un poco más, Gabriel sacó del bolsillo el marco de metacrilato con la rosa azul dentro y lo colocó entre ambos, sobre la toalla.

—El número áureo —dijo— habla de la belleza, pero conseguir la justicia donde no está, es otra forma de belleza.

Lea apoyó la cabeza en su hombro.

Ron, que se había metido en el agua, volvió y, como siempre, los salpicó con agua salada.

El tiempo por delante, era un folio en blanco, en el que quienes buscaran esperanza podrían escribir.

Fin

SOBRE EL AUTOR

Nací en Londres y pasé mi infancia entre Inglaterra y Tanzania. Tras vivir en distintas ciudades, un viaje de vacaciones me trajo a la Costa del Sol. Aquí me casé y aquí sigo. Vivo en Mijas con mi mujer y mis cuatro hijos, y desarrollo mi actividad profesional en la zona. Soy abogado, licenciado en Filología Inglesa y empresario, aunque mi verdadera vocación siempre ha sido la de contar historias.

De niño, en Moshi, Tanzania, cada mañana me asomaba a la ventana de mi cuarto para contemplar el Kilimanjaro, esa montaña mágica que se escondía entre las nubes y que los masáis veneraban.

Allí era donde tenían lugar las increíbles aventuras de Tarzán, que encendieron en mí una pasión que nunca se ha apagado: la de imaginar, crear y perderme en los mundos que otros —y ahora también yo— inventamos con nuestras palabras.





DESCARGA EL AUDIOLIBRO GRATIS

La rosa azul

